

Cuando se presentaba Maltrana, su amigo el *Mosco*, como una demostración de gran confianza, le enseñaba la *bicha*, la joya de la casa, lo que más amaba. Extraía del fondo del cajón la diminuta fiera, que estiraba su cuerpo ondulante como el de un reptil y arañaba con sus patas los duros dedos del cazador. El *Mosco* se llevaba á la boca el hocico bigotudo, de agudos dientes, envolviéndolo en su aliento, mientras la *bicha* acariciábale los labios sacando su lengüecita con mohines felinos.

—¡Pero qué rica!—exclamaba el cazador.—Mírala, Isidro: lo mejor del mundo. Cincuenta reales me costó en Colmenar; no había quien la tocara: una verdadera fiera. A uno le destrozó un dedo. Se agarraba á las manos y ni Dios la hacía soltar. Yo la he criado tal cual la ves, y come en mis labios y me quiere lo mismo que Feliciano. Pero esto sólo puedo hacerlo yo. Si tú la tocas, te mordia. Pásale la mano por el lomo; verás qué pelo tan fino... No tengas miedo, que no la suelto.

Y continuaba los elogios del repugnante y sanguinario animal. La hacía cazar siete días seguidos sin fatigarla. Algunas veces mataba hasta cincuenta conejos: siempre tenía sed de exterminio. Había que meterla por las bocas de las madrigueras con un cordel en la pata para tirar de ella cuando se quedaba dormida, ebria de sangre. El *Mosco*, sin dejar de hablar, sacaba del bolsillo un pedazo de queso, colocábase un pellizco de él entre los labios, y la *bicha* lo devoraba con grotescas contorsiones.

—Pero qué rica: vuelve á mirarla—decía el cazador.—Aquí donde la ves, se mantiene con quince céntimos de queso cada dos días.

El recuerdo de otra joya que había poseído, el famoso perro *Puesto en ama*, conmovía al *Mosco*. Había dado el mismo nombre á otro de sus canes, pero qué valía éste comparado con aquél, del que hablaban con asombro los guardas y era la pesadilla de los altos empleados de El Pardo!... Saltaba el *Mosco* á media noche las tapias, sin otro acompañamiento que *Puesto en ama*, y se escondía junto á los arroyos, en los remansos donde bebían los corzos. El que se aproximaba podía darse por muerto. El perro salía en su persecución al través de los jarales: las dos bestias tronchaban las ramas con el impulso de su carrera, producían un estrépito de huracán, y tras ellas corría el dañador de ligeras abarcas. *Puesto en ama*, al alcanzar el corzo, le mordía entre las patas traseras, en el órgano más sensible, y la bestia quedaba en el suelo mugiendo de dolor, hasta que el *Mosco* la daba muerte. Asunto de unos minutos. Con este perro, necesitaba muchas veces de la ayuda de los cobardones del barrio, para llevar á cuestras las reses cogidas.

El dañador casi lloraba recordando la muerte del valeroso camarada; la descarga que le había echo caer cerca de él; la alegría de los guardas desplegados en ala como un ejército, para acabar con un animal que tenía más astucia que muchos hombres; y la conducción del cadáver hasta el pueblo de El Pardo, donde le admiraron como si entrase en triunfo después de muerto.

El *Mosco* se indignaba al pensar en su perro. ¡Y aún vivía el ladrón que le había dado el escopetazo de gracioso!... ¡Y él, el *Mosco*, aún no le había matado!...

Maltrana, escuchando estas proezas de la vida bárbara, el hombre cazando á la bestia y siendó

á su vez cazado por el hombre, pensaba con asombro en el origen del famoso dañador.

Procedía de una familia de Tetuán, pero había nacido en Madrid y era de oficio, impresor. Llegó á regentar una imprenta, en la que se tiraban varios periódicos que nadie leía, pero los sábados, apenas terminado su trabajo, cambiaba de traje, y corría á Tetuán adonde estaban sus aficiones, dedicándose á la caza con los dañadores de más fama, como si tirase de él una influencia ancestral, una herencia de sus antepasados.

Durante la semana, paseando entre las cajas del taller, manchado de tinta y oliendo á papel húmedo, pensaba nostálgicamente en los cerros cubiertos de pinos, alcornoques y robles, en los matorrales que se abrían ante el hocico de los venados escapando éstos después con un bufido de alarma, en los grandes espacios de cielo azul, con las cimas nevadas del Guadarrama en el fondo, como una muralla de almenas de plata que brillaban al sol.

Era un insocial; se ahogaba dentro de la villa; le repugnaban las calles con sus aglomeraciones de personas marchando en la misma dirección. Acabó, casándose con la hija de una trapería, y abandonó su oficio para abrazar el de su mujer. Pero apenas si fué con el carro á Madrid. La trapería era un pretexto: su verdadera profesión fué cazar, seguir sus aficiones.

El, según declaraba á Maltrana, había nacido para la acción violenta, para vivir en áventura continua, arriesgando la piel. ¿Por qué había de permanecer dentro de una población, juntando letritas de plomo, agotándose en esta tarea de mujer?... Era hombre de pelea; le gustaba torear á la Muerte todos los días—según sus propias palabras:—dar-

la el quiebro, recogiendo el pan de entre sus pies.

—Yo hubiese sido un gran soldado, amigo Isidro. Pero ya no hay guerras, verdaderas guerras, como aquellas antiguas, donde cada hombre sacaba toda la fuerza de sus brazos ó de su caletre. Además, yo no me pongo un uniforme por nada del mundo; no me visto de máscara ni paso por eso de disciplinas y ordenanzas... Para ser mandado, bien estaba allá en la imprenta, con un durazo como un sol todos los días. ¡Ay, cuántos como yo hay en presidio, que en otro tiempo hubiesen sido héroes!...

Amaba la guerra salvaje, ingenua, sin hipocresías de humanidad, sin disfraces de civilización: aquellas guerras, en las que los combatientes mataban por la gloria que proporciona el exterminio, no alcanzando otra retribución que el saqueo de la casa del vencido y el pillaje de sus campos. Pero había llegado tarde, según afirmaba con acento de tristeza, y á falta de mejor escenario, entregábase, á las puertas de una gran población, á una vida prehistórica, cazando á la bestia para comer, y al hombre, si era preciso, para defenderse; considerando la tierra como suya, sin respeto á tapias que podía saltar, ni á leyes, representadas por hombres que eran mortales como él.

De su pasado, conservaba cierta veneración por los escritores. Por esto era amigo de Isidro, desde que le conoció en casa de su vecina la señora Eusebia.

Algunas veces, recordaba su época de impresor. El no leía los papeles públicos, cuando de tarde en tarde iba á Madrid; pero creía que sus tiempos habían sido mejores, y que los que ahora escribían, estaban muy por debajo de los que él había conocido. Y al pensar esto miraba á Mal-

trana, comparándolo mentalmente con los grandes hombres que aún se mantenían en su memoria. ¿Había leído su amigo cosas de Fulano y de Zutano? Y aquí nombres y pseudónimos que firmaban, veinte años antes, en revistas y diarios de escasa circulación, débiles flores de papel, cuyo perfume mental había pasado inadvertido para todo el mundo. El *Mosco* soltaba estos apellidos con cierta unción, entre admirado de su gloria y orgulloso de haber conocido á los que los llevaban, y hacía un mohín de asombro, al oír que Maltrana declaraba francamente no conocerlos. Por algo sospechaba que el periodismo estaba en decadencia.

La admiración del *Mosco* se posaba en las más raras cualidades de aquellos genios. Hablaba de uno con asombro, porque escribía cantando, sin que le molestase ruido alguno, sin levantar la cabeza aunque disparasen cañonazos junto á él. Otro merecía su entusiasmo porque desafiaba á los acreedores, y siempre que el impresor le llevaba pruebas á su domicilio, encontraba en él á una nueva señora. ¡Qué tíos! Todos sin dinero, debiendo en la imprenta varias tiradas, lampando tras la peseta, lo mismo que Cervantes, «que no cenó al terminar el *Quijote*»; alegres como unas castañuelas y haciendo reír á los cajistas con sus chistes. Pero al que recordaba con más veneración, era á un señor elegante y grave, autor de largos artículos sobre política internacional, que se sentaba en cualquier rincón de la imprenta sin mancharse, y escribía con los guantes puestos.

—¡Sin quitarse los guantes, Isidro! ¿Hay muchos que puedan hacer eso ahora?

Su rusticidad apreciaba esto como la mayor de las pruebas de talento; y se miraba las manos,

reconociéndose incapaz de tal hazaña, declarando que no sabría cazar ni un gazapo con las garras enfundadas en piel.

Algunos domingos, el *Mosco*, invitaba á comer á Maltrana, anunciándole que vendría de Madrid un hermano suyo, capataz de venta de periódicos, el señor Manolo el *Federal*, gran personaje entre las gentes dedicadas al comercio de papel impreso.

Maltrana le conocía. Era famoso en las redacciones, por su lenguaje enrevesado y pintoresco y sus juicios sobre la política. Se presentaba en los periódicos con su ancha cara sacerdotal, siempre sudorosa, de ojos saltones y terroríficos, unas veces, para quejarse como «industrial» (eran sus palabras), de las tardanzas de la administración en el reparto del papel; otras como «ciudadano consciente» (también palabras suyas), en nombre del comité del distrito, para pedir la inserción de algún manifiesto contra los *unitarios*, no menos nocivos al país que los mismos monárquicos.

Isidro, á pesar de que no estaba inscrito en «el censo del partido», logró su amistad. Era un muchacho simpático, aunque «ciudadano inconsciente».

—Cuando usted quiera que consumamos un turno—le decía,—ya sabe dónde tengo las oficinas. Puerta del Sol, de cinco á ocho de la mañana, en la acera de la botica de Borrell... aunque lluevan chuzos, aunque caigan capuchinos de punta.

No bastaban la lluvia, ni la nieve, para que la oficina dejase de funcionar. Al romper el día llegaba el señor Manolo con sus ayudantes cargados de paquetes de periódicos. Tenía su especialidad, que era la venta de las afueras. Todos los vendedo-

res, viejas, chicuelos y hombres haraposos, le rodeaban, gritando, tendiendo sus manos, para ser los primeros. El no se turbaba ante esta aglomeración: hallábase acostumbrado á mayores conflictos en su «larga vida política».

—Haiga orden, ciudadanos, y un poquito de crianza. ¡Que no se diga del cuarto estado!... A cada uno se le dará según el orden de la discusión y los derechos de su autonomía al respetive.

Y con gran calma iba repartiendo las manos de periódicos, exigiendo á cada uno el producto de la venta del día antes, llevando de memoria las intrincadas partidas de su contabilidad, apreciando, al tanteo, la exactitud de las cantidades en calderilla, sonando las pesetas contra el asfalto, con tal ímpetu, que volvían de un rebote á sus manos, como si fuesen pelotas.

«El cuarto estado» era su frase favorita, en la que lo abarcaba todo, y cuyo alcance había que adivinar. Unas veces «el cuarto estado» era únicamente los vendedores del papel; otras, la gente popular, y algunas, todos los que compran periódicos.

Maltrana, al verle, le preguntaba invariablemente por el famoso cuarto estado.

—Anda algo roío—contestaba el señor Manolo: —hay tormenta en la atmósfera metálica: la gente tiene pocas ganas de papel.

Cuando vendía un periódico nuevo, decía con énfasis:

—Hoy he tenido un éxito extramuros. Los redactores debían votarme un mensaje de gracias, á pesar de que no me llamaron para darme voz y voto. Yo soy el sentido práctico y les hubiera presentado una moción y consumido un turno para demostrarles que deben sacar el periódico dos ho-

ras más tarde. Pero como uno no es letrado, le ojetan el argumento, y el cuarto estado que se roa.

Su entusiasmo federalista excitaba el regocijo de Isidro, miserable *unitario*, incapaz de comprender ciertas cosas. Para el señor Manolo, estaba España dividida en catorce Estados, porque así lo habían dispuesto los correligionarios, por medio de solemnes y libérrimos pactos. El era ciudadano de Castilla la Nueva, pero quería vivir en paz y fraternidad con los extranjeros de los otros Estados españoles, así fuesen aristócratas como del «cuarto estado».

—¿Es usted de Reus?—exclamaba en la oficina al contestar á un transeunte.—Pues el Estado catalán ha pactado con el de Castilla. Vamos á beber unas tintas, como buenos ciudadanos confederados.

Las comidas del domingo, en casa del *Mosco*, eran tranquilas y plácidas. Feliciano, la hija del cazador, servía la mesa ó permanecía inmóvil, junto á la pared, con los ojos fijos en Maltrana. Si éste hablaba, parecía beber ella sus palabras, con una expresión admirativa en los ojos, como si la subyugase la cultura del joven, que aún adquiría mayor realce entre sus rústicos compañeros.

Isidro la miraba algunas veces. ¡Hermosa era la hija del *Mosco*! Cada vez la encontraba más guapa. Adivinaba su admiración, pero aquellos ojos negros fijos en él sólo le inspiraban un vago agradecimiento. Jamás se le había ocurrido la posibilidad de perder el tiempo con una mujer. Eso quedaba para los hartos, para los felices.

El señor Manuel comía con entusiasmo, alabando la carne tierna de los animales de El Pardo. Olía á tomillo, á romero, á todos los perfumes del bosque.

Los domingos eran para él días de descanso y plácido aislamiento. No tenía periódicos; apenas si al amanecer repartía un poco de papel á la chusma haraposa, que le traía loco. Sin embargo, las preocupaciones de la profesión le asaltaban en medio de su descanso, é interrumpía la comida, para preguntar al *Mosco* y á Maltrana:

—¿Por dónde andará ahora la *partida grande*?...

Los interpelados levantaban los hombros con indiferencia. La *partida grande* era un grupo de vendedores de voz de trompeta, que sabían sacarse del magin atractivos pregones: la aristocracia del oficio, ocupada únicamente en lanzar periódicos nuevos y ofrecer libros faltos de compradores, con enorme rebaja...

El señor Manolo, después de larga reflexión, informaba á sus amigos sobre el paradero de la tal partida.

—Debe de andar por Zaragoza, vendiendo un papel nuevo, el del último crimen, que interesa mucho al cuarto estado.

Isidro, al visitar la casa del *Mosco*, ya no se detenía en la vivienda de su abuela. Esta había alquilado la casucha, yéndose á vivir con el señor Polo, que tenía su cabaña en lo más alto de un cerrillo, desde el cual se veía Madrid.

Por fin, la señora Eusebia, había decidido casarse, sin ayuda de la Iglesia ni del Estado, con aquel consocio que la cortejaba desde su viudez, y esperando el momento de que se ablandase, había contraído matrimonio con varias comadres del barrio.

Los traperos celebraron con gran algazara la unión de estos dos *comerciantes*, los más antiguos de la busca. ¡Vaya un par de carroñas! Pero nadie osó realizar los proyectos de cencerrada, y

otras bromas molestas con que algunos intentaron obsequiarles. Merecían respeto: eran los industriales más importantes del barrio, y habían hecho bien uniéndose en una sola razón social.

Maltrana y el señor Manolo, en fuerza de oír hablar al *Mosco* de sus expediciones nocturnas, sintieron el deseo de asistir á una de ellas. Una nada más, ¿eh? con verlo bastaba. No era cosa de exponerse á recibir un balazo por simple curiosidad. De vez en cuando, las noticias que el cazador ingería en sus relatos, enfriaba el entusiasmo de los oyentes, haciéndoles retrasar la expedición para mejores tiempos.

—Anoche, en el cuartel de Somontes, le largaron una perdigonada al *Bonifa*, un pobre muchacho que no sabe huir el bulto... Hace una semana, pillaron en el Goloso al *Bastián* y al *Paleta*, les dieron una paliza de muerte, y ahora están en la cárcel de El Escorial... En el cuartel de Caños-Quebrados, hay un puñalero guarda, que primero hace fuego y después da el alto. En Navachescas, hay otro ladrón que lleva muertos dos dañadores y, según dicen, tiene ganas de verme delante de su escopeta.

Isidro y el vendedor de periódicos, cruzaban una mirada de inteligencia. Era cosa convenida: lo dejarían para más adelante. Pero el *Mosco*, de pronto, como si quisiera divertirse con su pavor, mostró empeño en llevarles á una expedición, y los dos amigos, por amor propio, y que no se burlara de ellos, aceptaron la propuesta.

Adelante con la cacería. No iban á tener tan mala suerte, que tropezasen con los guardas por ir al bosque una sola noche, cuando el *Mosco* llevaba meses y aun años sin verles.

Se citaron para el anochecer del día siguiente,

en el *Ventorro de las Latas* y, al caer la tarde, reuniéronse en la glorieta de los Cuatro Caminos el señor Manuel y Maltrana.

Iban con sus peores ropas (aunque ninguno de los dos sabía ciertamente cuáles podían llamarse mejores), con viejas boinas echadas sobre los ojos, y un aspecto recatado y misterioso de conspiradores convencidos de lo pavoroso de su misión. El capataz de periódicos guiaba, como conocedor del punto de la cita. Abandonaron la carretera en Bellasvistas, y anduvieron por un camino hondo, entre tejares y tapias de huerta, junto á las cuales pasaban espumosas y susurrantes las aguas de un canal.

Comenzaba á anoecer. El cielo del crepúsculo era de color violeta: las lomas oscuras que cerraban el horizonte, hacían resaltar sobre una faja de oro mortecino, los negros bullones de la arboleda de sus cimas. Una estrella nadaba con lácteo fulgor en la bruma suave del crepúsculo. Sonaban lentas y melancólicas las esquilas de invisibles rebaños; ladraban al borde del camino los perrillos de las huertas; chirriaban á lo lejos los carros; comenzaban á iluminarse las ventanas de las casas rústicas, esparcidas en aquellas tierras de labor que alternaban con los solares.

Encontraron al *Mosco* sentado en un pedrusco cercano á la venta.

—Quedaos por ahí—dijo en voz baja.—Entrad á tomar una copa, y no me habléis hasta que os llame.

Los dos amigos se sentaron bajo un emparra-do, á la puerta de la venta. Era una cabaña de techo bajo, ahumada por dentro, sin otros respiraderos que la puerta y dos ventanucos. Estaba construída con hotes viejos de conservas, que

reemplazaban á los ladrillos: el techo era de latas de petróleo enrojecidas y oxidadas por la lluvia. Unos tablones carcomidos, empotrados en la pared exterior, servían de bancos. El *Ventorro de las Latas* era el punto de reunión de los dañadores, antes de emprender la marcha.

Comenzó á cerrar la noche. Maltrana, á la escasa luz que aún quedaba en el ambiente, vió llegar á los cazadores. Reconocía su organización recordando los relatos del *Mosco*. Cada pareja de hombres era una *cuadrilla*; compañeros de vida y muerte que no se abandonaban en el peligro, que al huir en distintas direcciones sabían por instinto dónde encontrarse, partiéndose con fraternal equidad el producto de la caza.

Eran mocetones, que por su aspecto parecían trabajadores de los tejares. A pesar del frío marchaban ligeros de ropa y sin manta; algunos de ellos con la boina en la faja, como hombres que habían de emprender largas caminatas y sudar mucho en el curso de la noche. Algunas cuadrillas llevaban como refuerzo un muchacho cargado con la *aguja*, pesada barra de hierro puntiaguda por un lado, y rematada por el opuesto con una anilla. Estos aprendices de dañador, traían la barra pendiente del hombro por medio de una cuerda, como si fuese un fusil, y se pavoneaban entre los grupos con cierto orgullo, satisfechos de participar de los peligros y aventuras de los hombres.

Cada cuadrilla llegaba con un grupo de perros. Los cenes, después de olisquear á Maltrana y su compañero, adivinando su carácter de intrusos, juntábanse sobre un puente, del que partía el camino que sus amos habían de seguir. Los había de todas castas, figuras y colores; unos de

elegante silueta, bien alimentados; otros churretosos, y con largas lanas; pero todos guardaban igual silencio, sin un ladrido, sin el menor rezongo, graves é inmóviles como soldados que presienten la proximidad del combate.

Sus amos hablaban en voz baja, por la costumbre de recatarse en el vedado. Sus palabras llegaban hasta Maltrana como un ligero murmullo. Se saludaban: algunos que no se habían visto en mucho tiempo, se pedían noticias. Uno hablaba de su hermano: había recibido por la mañana una carta suya: estaba en Valencia, en el penal de San Miguel, y le quedaban pocos meses de la pena que le habían impuesto por robo de caza en las posesiones reales. Otros rodeaban á un compañero que, abriéndose la camisa, mostraba el pecho. Apenas si le quedaba señal de la posta que le habían metido entre las costillas. Después de dos semanas de descanso, volvía aquella noche á la faena.

Hablaban de los compañeros que estaban en la cárcel de El Escorial, discutiendo lo que les podría *salir*. Uno se despidió de sus amigos: ya no le volverían á ver en algún tiempo: al día siguiente iba á Madrid á presentarse en la Cárcel Modelo, para pasar en ella los ocho meses á que le habían sentenciado.

Y todos, olvidando de pronto la caza, hablaban de la proximidad de la buena época, de la primavera, en la que se abrirían los tejares, ofreciéndoles un jornal en la corta de ladrillos. Se comunicaban las noticias del oficio. En Villalba pagaban el millar mejor que en Madrid. Algunos habían pedido trabajo y querían emprender el viaje tan pronto como comenzase el buen tiempo... Pero sus perros, que les olisqueaban las manos y se frotaban contra sus piernas, impacien-

tes por emprender la marcha, les hacían fijarse en el presente, y prorrumpir en lamentaciones. ¡Qué vida, caballeros! Era la peor época del año: comenzaba la cría. Los conejos estaban flacos, costrosos. Sólo se cogían gazapillos, y por un lio de éstos no daban más allá de una peseta. Además, abundaban las malas noches en las cuales las bestias parecían esconderse en lo más profundo de la tierra, y el hurón entraba en las madrigueras sin tropezar con el más leve bulto de pelo. Total: exponer la vida y la libertad, para salir á fin de mes por un jornal de seis reales. ¡Y todavía los guardas ladrones, que gozaban de un buen sueldo, les perseguían sañudamente!... Los de caballería eran objeto de sus maldiciones. Hablaban con terror del caballo de un guarda, bestia infernal, con más talento y mala intención que los hombres: un monstruo que, al perseguir á un dañador, le mordía, le derribaba entre sus patas, machacándolo con las herraduras, hasta que, el jinete, desmontándose, tenía que socorrerlo para que llegase con vida á la cárcel. ¡Ah, la mala bestia! Mejor era una perdigonada que encontrarse con ella...

Algunas cuadrillas, después de un adiós apagado, emprendían la marcha, precedidas de sus perros, y se perdían en la obscuridad.

—Adiós—contestaban los otros con entonación misteriosa.—Que se os dé bien la noche.

Eran los primeros en partir porque iban muy lejos, á los últimos cuarteles de la posesión real; al Goloso, á San Jorge, á Valdelaganar, cerca de Viñuelas.

Los que aún permanecían en el puentecillo, comunicábanse los cuarteles en donde pensaban pasar la noche. Unos iban á Valdepalomero, á La Portillera, á Querá: otros pensaban vadear el Man-

zanares, cazando audazmente en la otra parte de El Pardo, frecuentada por los tiradores reales: La Atalaya, Los Torneos, Valdela Peña, Trofas y La Zarzuela.

Iba poco á poco disminuyendo la masa negra que obstruía el puente.

Alejábanse las cuadrillas marcando su obscura silueta sobre el blanco del camino. Se destacaban un instante en lo alto del cerro, empequeñecidas por la distancia, y desaparecían.

El *Mosco* se aproximó á la venta.

—Cuando queráis...

Llevaba en un saquito colgando del cuello, su tesoro, la bicha, que se apelotonaba en la cárcel de lienzo buscando el calor de su pecho. Junto á él estaba el ayudante, el que completaba su cuadrilla, un mozo pequeño y vivaracho, de simiesca agilidad, apodado *Chispas*, que no pensaba como los otros en el trabajo de los tejares, sino que, admirando á su maestro, deseaba continuar la caza todo el año.

*Chispas* llevaba al hombro la pesada *aguja* para demoler las madrigueras y abrir paso al hurón, cuando éste se trasconejaba no pudiendo ganar la boca de salida. Además, metidos en la faja, guardaba los *capillos*, las redes, que se tendían á la salida de las madrigueras para apresar á los conejos.

Emprendieron la marcha por el mismo camino que los otros dañadores. El *Mosco* marchaba al frente, precedido de dos de sus perros, y *Chispas* cerraba la expedición.

—Podéis hablar; podéis fumar. Estamos aún en terreno seguro. Yo os diré cuando haya que ir con más ojos que un lince.

Los dos neófitos marchaban tras los ligeros

pasos del *Mosco*, el cual no cesaba de hablar. Había permanecido en la venta lejos de ellos, para que nadie sospechase que le acompañaban en su expedición. Temía que alguien se *chivase* y fuese con el soplo. Por él, nada: bien sabían los guardas que cazaba todas las noches, así se viniera abajo el cielo. Cuanto peor fuese la noche, más favorable para él. Pero al verle con la impedimenta de unos amigos, sin libertad para huir, podían aprovechar la ocasión y darle caza. Porque él no era capaz de escapar, yendo con personas que desconocían el terreno: antes se dejaría hacer pedazos, que cometer tal indecencia.

—Es un disparate—continuó—ir á esta faena con gente floja como vosotros. Pero lo de esta noche no es caza seria: es un bicheo. Iremos cerca; asunto de registrar unas cuantas bocas, para que os enteréis de lo que es esto... ¡Qué contentos van á ponerse esta noche los gameños y los venados, al ver que el *Mosco* no quiere nada con ellos!...

Les preguntó si habían merendado fuerte antes de salir de casa. En el monte sólo encontrarían algún arroyo donde beber un buche, y aun esto había que evitarlo, pues los cursos del agua eran los sitios más frecuentados por los guardas. Al volver á las Carolinas, harían una cachuela, el gran plato de los cazadores, que sabía á gloria: un guiso de entrañas frescas de conejo.

Maltrana y el señor Manolo, oyendo al famoso dañador, sus propósitos de no arriesgarse aquella noche, recobraban la tranquilidad. Les había encogido el corazón el oír á aquellas gentes que hablaban de heridas, de palizas y de presidios, como incidentes naturales de su oficio.

—¿Tú estás seguro de que no tropezaremos á